

CRISTO, PRINCIPE DE LA PAZ

Eximios prosistas y poetas de la antigüedad pagana—griega y latina—, santos Padres y la misma sagrada liturgia, han pasado en majestuoso desfile ante los ojos de los lectores de HELMÁNTICA. Todos nos han hablado dulce y delicadamente del bien exquisito de la paz, ansiada por todos y de pocos alcanzada.

Pero ella tiene un centro: Jesucristo, Príncipe de la Paz. Hacia El converge el mundo entero. Hacia El tiende el corazón humano como hacia su única y verdadera quietud.

El autor de nuestra paz tuvo un cantor excelso que, en melodiosos períodos, entretejió los más delicados razonamientos para ensalzar el bien supremo de la paz y enaltecer al Príncipe de ella, Cristo Jesús. Aquella alma fogosa, encendida en amores divinos, pero que supo tanto del sufrir y del luchar humanos y que vió tantas veces «roto casi el navío», pudo un día ampararse en el dulce y deleitoso puerto de la paz y sosiego.

Y en esta clásica y apacible Salamanca y—como fruto maduro del huerto por su mano trabajado—brindó a la tierra de España un canto excelso a la paz y colocó sobre la frente de Jesucristo aquel nombre sagrado de Príncipe de la Paz, que como refulgente corona difunde destellos luminosos y señala a los mortales dónde queda centrado el tesoro de todo el mundo apetecido.

El creyente lo intuye. Por esto se acerca a Cristo y se postra de hinojos reverente ante la Hostia Santa.

Digno broche y remate de estas disquisiciones en torno a la paz, serán, pues, unas palabras del Maestro Fr. Luis de León.

Nuestro propósito es modesto: traducir al latín una de las más bellas páginas de Fr. Luis y justificar en notas aclaratorias la frase latina que a este fin proponemos.

Quisiéramos que ésta no desdijera de aquella trabajada dicción